

Presentación libro Bernardo de Alfredo Sepúlveda

La primera vez que escuché sobre el libro que presento en esta ocasión fue en una prestigiosa editorial en Santiago, cuyo editor se lamentaba que la competencia le hubieran ganado “el que vive” con una biografía con un sugerente título: “Bernardo”. Así me enteré que mi compañero de oficina de quien solo me separa una pared, era el famoso autor de tan codiciado libro.

La curiosidad pudo más y traspasé la barrera y las conversaciones a partir de entonces fueron constantes y de esa manera me fui enterando del contenido y entramado de Bernardo.

Acepté gustosa presentarlo, aunque reconozco que hubo cierta emboscada, ya que estamos hablando de guerras, por parte de su poderosa manager en el asunto. Lo que iba a ser una pequeña presentación entre amigos se transformó en este tremendo acto. Así es que lo que partió como un curioso dato escuchado por casualidad en las oficinas de una editorial terminó conmigo aquí sentada frente a ustedes para comentar el esperado Bernardo.

Lo primero que salta a la vista obviamente es su título, “Bernardo”, un nombre propio que aunque podría ser el de muchos que pululan por ahí, inmediatamente remite a O’Higgins. Estamos en el mes de la patria, en medio además de un año que ha sido invadido por los “héroes” del Bicentenario. No puede ser otro.

Al apelar al nombre propio el autor, Alfredo Sepúlveda, nos lleva intencionadamente al hombre que por momentos es un niño, un adolescente, un político, un hijo, un amante, un hombre de Estado, un héroe y un paria. En todos ellos es Bernardo.

“Todo hombre es muchos momentos de ese hombre”, dice Alfredo en su introducción.

El libro está bien documentado, hace una selección de sus fuentes que remite a sus biógrafos tradicionales y a los historiadores del siglo XIX, entre los cuales el autor declara su admiración por la pluma, el dominio y la elegancia de Diego Barros Arana. Admiración compartida, por cierto. Deja de lado todo el pesado cuerpo de fuentes y documentos que los historiadores cargamos en nuestras investigaciones para entregarnos como el mismo autor declara “una crónica en estilo periodístico, una narración de los hechos documentados de la vida de Bernardo”.

Sin emitir opiniones personales, el autor se permite levantar sospechas y suposiciones, claro que asentadas en ciertos indicios que las harían probables. Enfrenta versiones y no toma partido por ellas. O al menos así lo intenta.

Uno de los logros de este libro está en llevarnos en un lenguaje contemporáneo a un mundo de hace doscientos años donde los hombres se movían por pasiones similares a las de hoy con la diferencia de que algunos tenían la certeza de estar viviendo un momento germinal de la humanidad.

Aunque al leer este libro intenté despojarme de mi oficio de historiadora, aunque éste me persiguió durante toda la lectura y en ese sentido, este mismo lenguaje que rescato como uno de los puntos atractivos del libro, fue una especie de *shock* para mí. Al dejar a Bernardo, y a los demás personajes de esta historia, desprovistos del habla de su tiempo, que aunque cotidiana hoy nos parece discursiva y rimbombante demás, con sus alusiones al pasado grecolatino etc., éstos parecían demasiado pedestres, sacados de contexto. Sin embargo, el autor salió airoso, al menos para mí, pues los mismos hechos se encargaban de devolverles el aura de la historia.

Al terminar el libro quise volver a la pregunta inicial de Alfredo en su introducción: ¿cómo Bernardo, un simple mortal, un hombre con traumas e inseguridades, se convirtió en un héroe? Entonces mi lado historiador sale a flote y como maestra trato de explicarle algunas reflexiones de la historiografía de las últimas décadas sobre el asunto. No puedo evitarlo. Quiero hablarle de Benedict Anderson, de Eric Hobsbawn, de Adrian Hastings, Ernst Gellner, François-Xavier Guerra, Carmen Mc-Evoy, por nombrar algunos, que han hecho de éste período y de este fenómeno, tanto en Europa como en América, parte de sus reflexiones.

La historiografía de estos autores, dedicada al estudio de las naciones y las nacionalidades, ha destacado cómo en el siglo XIX se “inventaron” las naciones modernas tanto en Europa como en América. Todo el proceso de formación identitaria de éstas consistió en determinar el patrimonio de cada una y en difundir su culto. Pero esto no fue suficiente, sino que más bien fue preciso inventar la tradición, pues en el caso de América había que borrar toda traza del pasado español. La centuria desarrolló un vasto laboratorio de experimentación filosófico, teórico e iconográfico a este respecto, que dio origen a una serie de elementos simbólicos y materiales que debía presentar una nación tipo digna de ese nombre, tales como una

historia que estableciera la continuidad con los ancestros originarios, en este caso los araucanos, monumentos culturales, un folklore, un paisaje típico, una mentalidad particular, representaciones oficiales –como himno y bandera- e identificaciones pintorescas, como vestuario, especialidades culinarias o animal emblemático, pero sobre todo una serie de héroes que fueran parangones de las virtudes nacionales. Paradojalmente este proceso se dio en un ambiente de fuertes intercambios internacionales. No fuimos originales en ello. Todos los países estaban imbuidos en este mismo proceso.

Bernardo participó en los inicios de este proceso de construcción de la nación y de justificación de su legitimidad histórica. Contribuyó a él con la creación de los símbolos patrios, la dictación de una de las tantas constituciones de ese período etc., y paradojalmente para él, el mismo se transformó en uno de los héroes necesarios para sustentar el proyecto republicano.

Todo esto sucedió en el período post independencia cuando una nueva ola de fervor patriótico, marcada por una clara señal de utópico optimismo, que pensaba que el futuro nacional tenía asegurado un destino luminoso, con la conciencia de que se estaba fundando una nación. En este proceso el uso de la historia adquirió un valor político.

Así en los primeros años republicanos se fue edificando una comunidad de sentimientos y valores, unidad que sirvió de base para la construcción de la identidad nacional moderna. En este proceso se apeló a una serie de elementos, que se integraron en un discurso totalizador con base histórica, destinado a fundar este futuro exento de toda debilidad, en una exaltación de la grandeza, tomando el presente como un momento de libertad y de avance. En la era de la “regeneración de los pueblos”, se abrió para la nación un tiempo nuevo, una nueva época, una nueva edad de oro¹.

Esta fue una experiencia vital compartida por todos, en la que las guerras y el enemigo aparecieron como un elemento catalizador de una identidad común. La posterior narración de las hazañas de la Independencia y su conmemoración con fiestas y ceremonias contribuyeron a esta apuesta.

Entonces fue necesario crear los propios héroes. Bernardo, ahora O’Higgins, otrora ninguneado, ensalzado, apartado de las gloria, alejado de su patria, ocuparía un

¹ Guerra, *Modernidad e independencias*, pp. 162-163. Guerra lo estudia para el caso de España e Hispanoamérica. En estas últimas, los elementos de la tradición histórica son menos evidentes, por lo que la construcción de la propia historia hacia el futuro es lo que prima.

lugar destacado en este panteón republicano, sería bautizado como “padre de la patria”, un símil secularizado del padre Dios, en nuestro Olimpo republicano plagado de héroes.

Fue así como Bernardo se transformó en O’Higgins y su carne se trastocó en bronce, sus debilidades quedaron sepultadas en su tumba y sólo su valor y su gloria fue ensalzada frente a generaciones de chilenos, que de tanto verlo en la forma de un busto en las plazas de los más alejados rincones del país, nos hemos olvidado del hombre, que hoy Alfredo Sepúlveda revive con su pluma.

Trinidad Zaldívar Peralta
Santiago, 12 de septiembre de 2007.